

# EL PORVENIR DEL OBRERO

## Nueva servidumbre

Los amos, los señores, no se contentan con robarle al trabajador el fruto de su trabajo; no se contentan con vivir cómodamente y enriquecerse cada día más á costa del trabajo, de la fatiga, del sudor, de la sangre y de la vida de los obreros; quieren más, quieren que el trabajador mismo, el robado, el expoliado, ponga el sello de su consentimiento al robo, á la expoliación, á la opresión política y á la injusticia económica.

Quieren que el trabajador mismo preste, por medio del voto, su consentimiento á la organización actual que le oprime, que le veja, que le quita lo que es suyo y que le cierra la boca por medio de la fuerza para que no proteste y tenga que sufrir y callar.

Quieren que produzca para el amo y que sufra ó calle y que encima respete al señor, le venera y le entregue su mujer y sus hijas y su voto y todo lo que el señor apetezca; porque el señor es el amo y el obrero es el esclavo, que no tiene derecho á comer ni derecho á opinar más que cuando el amo quiera y en la forma que el amo permita.

Es claro que las leyes que llaman democráticas prohíben y castigan la compra de votos y las coacciones y disponen que el voto sea libre; pero las leyes sirven para oprimir ó no sirven para nada. Las leyes que son favorables á los amos se cumplen rigurosamente, mientras que las favorables al obrero son burladas siempre impunemente. Toda la organización gubernativa está dispuesta de modo que sirva los intereses de los ricos contra los intereses de los pobres, y no hay más administración, ni más justicia, ni más legalidad. Por esto la ley prohíbe la compra de votos y las coacciones, pero en cada elección se establece el mercado de votos en la plaza pública y los encargados de hacer cumplir la ley son los primeros en burlarla y los que han de castigar las coacciones son los primeros que obligan á votar á los que de ellos directa ó indirectamente dependen.

En ese repugnante mercado electoral se cotizan los propietarios y los industriales por el número de trabajadores que tienen á sus órdenes. Tal propietario dispone de tantos votos, que son los de sus payeses y labradores; tal fabricante ó tal compañía dispone de tantos votos, que son los de los obreros que tiene empleados. Eso es una infamia; eso es un robo.

Al trabajador le han robado siempre y le han humillado de mil maneras. Esa es una nueva manera de humillarle y de robarle. Es un nuevo derecho feudal que contra toda justicia se atribuyen los amos.

Que le compren el voto al trabajador, cuando éste quiera venderlo, aunque la ley

lo prohíba, menos mal; porque al fin es un contrato de hombre á hombre. Uno se molesta en ir á votar y el otro le paga esa molestia con un par de duros ó concediéndole mejoras en las condiciones del trabajo, ó como sea. Aunque los teóricos de la democracia digan que este contrato es numeral, allá se las hayan el comprador y el vendedor con su conciencia y sus conveniencias, que para el trabajador son muy pequeñas, puesto que el dinero que le dan por el voto se lo han robado ya en forma de trabajo no pagado, ó se lo robarán en forma de aumentos en la explotación, ó de impuestos, ó en cualquier otra forma, pero se lo robarán con seguridad.

Lo que no debe consentirse es el nuevo derecho que abusivamente se atribuyen los amos, el atropello contra los derechos de los trabajadores, á los cuales se obliga á votar bajo la amenaza de dejarles sin trabajo.

¡Dejarles sin trabajo! ¿Acaso el trabajo es una indecente limosna como la sopa de los conventos? ¿Acaso es un beneficio que el amo otorga por bondad y generosidad?— Todo lo contrario; los obreros con su trabajo enriquecen al amo y éste debiera quedarles agradecido, porque con el jornal no les da sino una parte de lo que ganan; la otra parte, la mayor, es la que el amo se queda, con derecho legal, pero contra todo derecho humano, y con esta parte come opíparamente, viste con elegancia, gasta lujos y comodidades, se permite ostentaciones y placeres y aun le sobran para pagar gobernantes y magistrados y policías que le defiendan y le den la razón y apaleen á los que con su trabajo crearon la riqueza de que él se aprovecha.

¿No es esto bastante? ¿Todavía quieren más los señores? ¿Todavía quieren que el trabajador por fuerza tenga que votar lo que ellos quieran, obligándole á dar su aprobación al régimen actual de tiranía, de opresión, de explotación escandalosa?

¿Hasta dónde creen los señores que ha de llegar la paciencia de los obreros? ¿No temen que éstos, cansados de verse humillados y atropellados, se resuelvan á defenderse y que al que vaya á exigirles el voto le contesten enérgicamente, brutalmente, dándole con la herramienta del oficio en la cabeza, lo que sería ilegal, pero muy digno, mientras que lo que hacen los amos, sobre ilegal también, es una infamia.

Una infamia, verdaderamente, es abusar de la situación de los obreros para imponerles una nueva obligación, una nueva servidumbre feudal, una nueva violencia sobre tantas violencias y humillaciones como hacen sufrir á los pacientes obreros los señores que viven del trabajo de aquellos, robándoles y atropellándoles. Una infamia

que puede costarles muy cara, porque los tiempos del feudalismo pasaron y se acercan los de emancipación. Los trabajadores no quieren sufrir nuevas cargas; por el contrario, se aprestan á librarse de las antiguas, y lo que el orgullo y las imposiciones del amo conseguirán es que se acabe más pronto la paciencia y que llegue más pronto el día de las justicias.

Vayan á votar los señores, jueguen á la política, ó á la Bolsa, ó á lo que crean más divertido, pero dejen en paz á los trabajadores, y no lleven tantas veces el cántaro á la fuente si no quieren que al fin se rompa.

JUAN CUALQUIERA

## Idealismos culpables

Es digno de estudio el espíritu popular durante los grandes trastornos políticos y sociales. Ya sea por infantiles atavismos, ya derivados de predicaciones demasiado idealistas, las rebeldías del pueblo suelen ir acompañadas de actos que, si ponen de manifiesto la inagotable bondad del corazón humano, muestran también cuanta parte tiene, en la ineficacia de las revoluciones, lo candidez general.

Por hartos conocido, holgaría citar el hecho singular de que las insurrecciones democráticas alzasen el famoso «pena de muerte al ladrón», mientras consentían que los grandes ladrones esperasen agazapados en sus palacios á que la tormenta revolucionaria amainase. Pero no se considerará así si se tiene en cuenta que el espíritu neto de tal conducta vive todavía en el pueblo y además se ha reafirmado, un tanto modificado, en el terreno de las contiendas sociales.

En todos los sucesos contemporáneos de alguna resonancia se ha visto como el buen pueblo continuaba aferrado al castigo del hambriento ladrón de un ponedillo y al respeto á la propiedad sacrosanta del ladrón legal, enriquecido con el trabajo ajeno, se ha visto como el buen Juan se detiene siempre ante las grandes mentiras en que descansa el caserón vetusto del privilegio social y da un paso atrás cuando llega á los linderos de la verdadera obra revolucionaria, aquella que se dirige á la destrucción efectiva de enormes desigualdades y de terribles injusticias. La voz de la reacción es poderosa todavía. Ella grita al pueblo moderación, respeto, templanza; condena todos los radicalismos y pide resignación y prudencia para ir elaborando lentamente un porvenir muy poco mejor que el presente detestable. Los maestros de la charlatanería política y social conocen y manejan bien los resortes de la sencillez popular. Hablan elocuentemente á los atavismos heroicos que hacen del pobre el perro guardián del rico; despiertan los convencionalismos rancios de la honradez servil, de la lealtad humillante, y cuando la rebeldía popular estalla, la historia magnánima consigna la santa virtud revolucionaria que guarda los bancos, las grandes propiedades, los personajes del baño y fusila al miserable que cree llegada la hora de comer y de abrigarse. ¡Y qué cosa tan sencilla escapa á la penetración po-



pular! En mil formas se ha dicho y nunca será bastante repetirlo: aquel famoso letrero de las barricadas republicanas estaría muy en su lugar si los revolucionarios empezaran por colgar de un farol, como suele decirse, á todos los detentadores del trabajo ajeno, políticos, propietarios, etc.

El resultado de la educación recibida por el pueblo, no puede ser sino el que queda indicado. Los idealismos quijotescos de la democracia conducen forzosamente al afianzamiento de todos los anacronismos. Son idealismos culpables que tornan ineficaz la acción revolucionaria.

En nuestros tiempos de huelgas y alborotos obreros ¿qué otra cosa se ve? Los trabajadores saben salir á la calle, poner su pecho indefenso á las balas; lo mismo que antes, son héroes de barricada con todos los debidos respetos á la santa propiedad, á la autoridad y á las personas. Los mismos idealismos culpables siguen inspirando la conducta de las masas.

¿Y por qué los obreros que luchan por una mejora ó un ideal económico, se entretienen en reñir absurdas batallas con la fuerza armada? Allá están el burgués admirado que los explota, el político que los engaña y explota, el cura que los envenena, engaña y explota; allá están el opulento palacio que insulta la miseria de sus pocilgas, la fortaleza-fábrica donde dejaron gota á gota toda su sangre; allá está el usurero que les *alivió* una hora de miseria dándole unos céntimos por los últimos restos del ajuar doméstico, por la última camisa ó por la última blusa.

A veces van los obreros á la puerta de la fábrica; ¿á qué? A vengar la traición de otros compañeros de hambre. El burgués tan tranquilo en su confortable vivienda. ¡Pena de muerte al *esquirol!* Y paz y respeto y consideración para el detentador del trabajo común para el que explota, para el que envenena, para el que roba.

El fenómeno social no hizo más que cambiar de forma; los idealismos culpables continúan haciendo del buen Juan héroe legendario de la tonta honradez, de la necia lealtad que le convierten en perro guardián del amo que le azota, que le esquilmá, que le mata.

Un hecho singular sobre el que es menester fijar bien la atención, es aquel que nos revela como todos los levantamientos populares dejan en paz al feroz usurero que trafica en el último escalón de la miseria, con los últimos restos de pobreza. ¿Es acaso el recuerdo del hambre mitigada momentáneamente, que convierte al repugnante prestamista en alma magnánima y generosa y paraliza la acción revolucionaria del pueblo?

No, seguramente; es que el pueblo, ahora como antes, todavía no sabe más que pelear, sacrificar su vida, poner su pecho á las balas, sin que se dé bien cuenta de por qué ni para qué. Su acción es aún instintiva y va impulsada por los atavismos de barricada y de motín, por la influencia de los idealismos culpables que le convierten en héroe inconsciente de ignoradas causas. Su acción reflexiva apunta apenas en las contiendas contemporáneas. El espíritu popular empieza ahora á transformarse. ¡Difícil empresa operar el cambio sin menoscabo de la bondad tradicional y con pérdida de la candidez idealística y quijotesca!

Porque es preciso que la violencia actual y el furor creciente del combate por el porvenir, no nos lleve á la crueldad y á la ferocidad. Vamos hacia un mundo de justicia y de amor. ¿Llegaremos allá por la venganza y por el odio? Fuerza es luchar con los hombres y no con fantasmas, no con las cosas que ellos representan. Pero en este combate por lo mejor, la muerte no puede ser un objetivo, ni siquiera un medio, sino un accidente fatal, fruto de circunstancias momentáneas. Comprendemos el odio, la venganza, el rencor, la injusticia, la violencia como es-

tados pasajeros inevitables traídos por las concomitancias de la contienda; no los comprendemos como predicación que cifra en tan deleznable fundamentos el éxito de una aspiración levantada.

La acción reflexiva, privada de los elementos atávicos idealísticos, será aquella que teniendo por mira una aspiración de justicia, comience por aplicarla, antes que á las pequeñas, á las grandes causas de la desigualdad social. La conducta mejor será la que nos conduzca más directamente y con menos sacrificio de la existencia humana, á la realización del porvenir.

Claro que nunca podrá ser la acción revolucionaria un problema de cálculo, frío y sin entrañas. La pasión entrará siempre como factor poderoso en la conducta de los hombres. Y lucha sin apasionamientos, sin vehemencias, no se comprende. Pero la pasión toma los carriles trazados de antemano por la educación, por el hábito, por la propaganda, etc. Y así cuando la masa popular haya roto con los convencionalismos motinescos y ridículamente heróicos, tomará el camino de la acción reflexiva que le conduzca al porvenir según la línea de menor resistencia, es decir, con menos sacrificio de vida humana y más provecho para todos los hombres.

La ineficacia de las revoluciones que tanta sangre y existencias han costado al pueblo, es un buen ejemplo de la culpabilidad de ciertos idealismos.

Sacudamos la herencia funesta y haremos más y mejor por el porvenir ambicionado.

R. MELLA

## ¿Héroes ó criminales?

La opinión pública en Francia se ha conmovido ante el crimen monstruoso de un llamado Soleillant que sació sus brutales instintos en una niña de pocos años y luego la asesinó cruelmente.

Entre muchos interesantes comentarios que hemos visto en nuestros periódicos, escogemos lo que escribe *Les Temps Nouveaux*, porque hace notar con cuan diferente criterio se juzga de la criminalidad de los mismos actos según quien sea el que los ha cometido. Dice así:

«CONDECORABLE. — El «sátiro de la calle de Charonne», para hablar como los diarios, denuncia, mejor que todas las comparaciones anatómicas, el origen animal del hombre. El señor cardenal Mathieu y sus piadosos colegas de la Academia sostienen que Soleillant fué creado á imagen de un Dios; nosotros creemos mejor que fué hecho á imagen de un simio.

Hace algunos años, una multitud de hombres cometieron los mismos actos que hoy se reprochan á Soleillant. Violaron, estrangularon, abrieron el vientre á mujeres, á muchachas, á niños. Cometieron también crímenes que Soleillant no llegó á perpetrar: incendios voluntarios, asesinatos de viejos, saqueos, robos, etc. Todo esto sucedió en China.

Aquellos hombres eran tanto más culpables cuanto que eran funcionarios, y funcionarios en misión oficial, que habían sido enviados allá por sus gobiernos para «restablecer el orden». Aquellos hombres que así restablecían el orden eran soldados franceses, alemanes, rusos y otros representantes de los Estados civilizados.

Cuando los soldados franceses (por hablar sólo de estos) volvieron á su patria, cubiertos de sangre de niñas chinas violadas y asesinadas, la multitud les acogió con gritos de júbilo, el gobierno les felicitó y les distribuyó medallas y galones. Hasta creo que algunos fueron llevados en triunfo.

Hoy que Soleillant ha imitado, muy modestamente, tan ilustres ejemplos—porque,

al fin, sólo ha hecho una vez lo que los otros repitieron muchas,—el gobierno le encarcela, trata de hacerle juzgar y condenar, y la multitud pretende lyncharle..

Esto no es justo. No es justo y protestamos. Pedimos que se aplique el mismo tratamiento á los autores de actos idénticos. Pedimos que Soleillant sea condecorado y llevado en triunfo, ó que los soldados de China sean juzgados y guillotinos. Hay que ser lógicos. Hay que ser justos. Hay que proclamar que los soldados de China fueron inmundos bandidos, ó que Soleillant es un héroe.—R. Ch.»

## Neo-malthusianismo

Comencemos por agradecer á *Salud y Fuerza* las lisonjeras frases que nos dedica. Verdaderamente, ser de distinta opinión no implica ser enemigos ni tratarse con rudeza. Este criterio de la benevolencia y consideración al adversario lo hemos seguido siempre que ha sido posible y nos alegramos al ver que *Salud y Fuerza* aun lo amplía y perfecciona. Muchas gracias, y vamos al asunto.

No es lo mismo refutar á los burgueses que lamentan la falta de nacimientos, que ser partidarios de poner trabas artificiales á la fecundación y á la procreación de seres humanos.

La burguesía no tiene razón cuando se queja de que un país se vaya despoblando, porque esto sucede precisamente por causa de la organización social burguesa, que acapara los medios de vida en manos de pocos y pone á los demás en el caso de emigrar ó morir de hambre. Los burgueses de Francia y los de España y los de todas partes, tienen otra razón en contra suya y es que no quieren que haya mucha población en sus países respectivos con objeto de que puedan vivir todos bien, sino que, por el contrario, lo que quieren es que haya más soldados que deflendan el régimen burgués, y más trabajadores sin colocación para poderlos explotar mejor, y más jóvenes mujeres en la miseria para que aumenten la prostitución. Por esto, porque tales son las intenciones de los burgueses, debemos refutarles y combatirles cuando se lamentan de que nacen pocos niños.

Por otra parte, el número de nacimientos, y sobre todo la esterilidad voluntaria, influyen en la población de un país menos de lo que aquellos burgueses piensan. En Francia los ricos principalmente, y parece que ya algunos obreros conocen y practican en sus matrimonios ciertos procedimientos para no tener hijos; en España esto es casi desconocido. Sin embargo la población de Francia por kilometro cuadrado es muy superior á lo de España. ¿Por qué? Pues porque allí hay más medios de vida. En España nadie piensa en limitar la población; pero el hambre se encarga de arrojar constantemente por encima de las fronteras millares y millares de emigrantes que van á buscar el pan de cada día, que no pueden hallar en esta tierra de caciques y de frailes.

El problema de la población es, por lo tanto, un problema de subsistencias, más que de fraudes de alcoba, que pueden dañar la salud, pero que no tienen ninguna elevada finalidad social.

«No creemos que la limitación de los na-



cimientos sea una solución al problema social». Esto decíamos en el artículo á que se refiere *Salud y Fuerza* y hoy añadimos que ni es la solución, ni nos aproxima siquiera á ella.

En el mundo, actualmente, no hay conflicto por causa de la producción de los artículos necesarios para la vida. Por el contrario, las crisis industriales tienen por causa la dificultad de vender, nunca la dificultad de producir; son ocasionadas por el exceso y no por la falta de producción. En agricultura si se produce poco, si en algunos países los campesinos han de emigrar es porque los propietarios tienen acaparadas las tierras y no dejan cultivarlas á los trabajadores; ó bien la ignorancia de los mismos propietarios, ó una mala distribución de las tierras, aun dentro del actual régimen, impiden el uso de la maquinaria y de los abonos como sería conveniente para poder emplear en el cultivo de las tierras muchos más hombres y hacerlas producir muchísimo más.

No es que falten medios de vida para todos; es que esos medios están mal distribuidos y mal organizados. Disminuir los consumidores, suponiendo que por los medios que enseña el neo-malthusianismo se pudiese lograr de modo que fuese notable, no sería resolver el problema, porque esto no mejoraría la organización y los medios de vida continuarían acaparados y el que no tuviese asiento en el banquete de la vida, más reducido entonces, tendría que morir de hambre en un rincón, como ahora. Y si la reducción fuese tan grande, lo que es imposible, adonde se podría llegar es el retroceso á la barbarie primitiva, por falta de inteligencias y esfuerzos que mantuvieran la civilización actual que, aun imperfecta y deficiente, ha costado muchos sacrificios y mucha inteligencia. Nunca se llegará al mejoramiento de la vida por la reducción artificial de la vida.

Bajo otro aspecto también se nos presenta el neo-malthusianismo: como procedimiento de combate contra la burguesía. Tampoco en este sentido podemos aceptarle. Hijo de la burguesía, no muerde á su madre, sino que más bien la ayuda y la socorre. No es la destrucción del sistema burgués, porque es una adaptación al mismo.

El que lucha en las huelgas, ó en la propaganda ó en las revoluciones no es un adaptado. Lucha contra el ambiente porque el ambiente le es adverso, porque impide la vida y el bienestar del luchador y de los suyos. Por el contrario, el que se ha adaptado al ambiente actual, por suerte ó por engaño, porque le han dado un puesto en el banquete burgués, aunque sea de humilde policía, ó porque ha encontrado un medio de *arreglarse* en el interior de la familia, ese ya no lucha, ese ya no es un elemento disolvente de la sociedad actual; es uno que ha transigido, que se ha adaptado; es ya un conservador.

Dicen que se combate al militarismo privándole de soldados, y lo que se hace es combatir á la civilización y á la humanidad privándola de hombres. ¿Se sabe acaso cuando se impide la vida de un ser humano si este formaría en las filas de los ejércitos de

la tiranía ó entre los soldados de la revolución? El hijo del trabajador revolucionario es muy probable que sea revolucionario también; y es entre los revolucionarios que se hace la propaganda neo-malthusianista. Los soldados que necesitan para sus ejércitos los hallarán los burgueses en los pueblos atrasados y entre los individuos refractarios á toda idea emancipadora. Hallarán los suficientes y aun les sobrarán, y más si los revolucionarios disminuyen por el procedimiento neo-malthusiano.

Lo mismo que del militarismo podemos decir del industrialismo. Los trabajadores no son explotados porque sean muchos, sino porque son ignorantes, porque son débiles, porque no han comprendido la necesidad de destruir el actual régimen. Instruirles, mostrarles el mal presente y el bienestar posible en lo futuro si saben conquistarlo con su esfuerzo, esa es obra revolucionaria y no el diezmar las generaciones futuras, mutando precisamente los gérmenes de los trabajadores fuertes, de los conscientes, de los que podrían orientar á sus hijos desde la cuna por el camino de la revolución.

Si fuese posible hacer la propaganda neo-malthusiana, no entre los trabajadores revolucionarios, sino en los pueblos más atrasados, que son los que proveen los cuarteles y bajan diariamente á las regiones industriales y sin educación social y faltos de toda idea de solidaridad, si fuese posible convencer á los analfabetos, á los degenerados, á los que son estorbo en la marcha del progreso, entonces menos mal, aunque siempre sería mejor instruirlos y civilizarlos para que se convirtiesen de rémoras en auxiliares; pero predicar á los otros, á los revolucionarios, á los que constituyen lo mejor moral é intelectualmente, que no críen más hijos, que ahoguen en sí mismos la fuente de la vida, que la evolución que les ha engendrado acabe en ellos y no se trasmita desarrollada y perfeccionada, esto nos parece la idea más descabellada y más reaccionaria que pueda imaginarse. Este procedimiento es el que empleaban los inquisidores matando en cada generación á los que eran inteligentes y atrevidos, para de este modo perpetuar la ignorancia y la opresión.

Bien que se abstengan de procrear los enfermos, los degenerados; pero téngase en cuenta que así como se ha de buscar el remedio de la enfermedad y no la muerte del enfermo, así también las grandes calamidades sociales como la sífilis, la tuberculosis, el alcoholismo, etc., se han de curar combatiendo las causas que las engendran y no tirando por la borda á todos los atacados é incendiando las ciudades en que habitaron. Hay que oponer á la enfermedad la salud y no la muerte.

Para terminar, por hoy, hablemos de otro punto que consideramos capital: el derecho al amor y á la paternidad.

Quizá no todos pensemos y sintamos lo mismo. Tal vez, la vida artificiosa de las grandes ciudades, creando necesidades nuevas y transformando las condiciones de muchos hombres, haya hecho perder á esta cuestión mucho de su importancia. El joven que habita una gran ciudad, experimentan-

do una multitud de rápidas emociones, teniendo una facilidad grandísima de acercarse á una mujer cuando lo necesita y abandonándola enseguida con indiferencia que nace de la costumbre, no comprenderá seguramente la vida monogámica que llevan muchísimos, la gran mayoría de los hombres, y en ello, por más que lo extrañen los *supers* que «cambian de mujer como de calcetines», encuentran la dicha y la tranquilidad de su vida. Ese falso concepto de las cosas y de los hombres, en que incurren los que viven demasiado apartados de la naturaleza, es el que arrastra á muchos á creer que la mujer es siempre una prostituta y que el amor libre sería una perpetua fiesta de bacantes.

No podemos suponer que los compañeros de *Salud y Fuerza* sostengan esos errores, pero creemos que no se han hecho cargo bastante de lo que quisimos decir cuando defendimos el derecho «á los goces del amor y á las satisfacciones de la paternidad». Quisimos decir que el hombre no desnaturalizado ni embrutecido por los vicios necesita, no una hembra con quien desahogar una necesidad orgánica, sino una compañera á quien amar, á quien entregarse completamente, sin trabas ni cálculos, y sobre todo sin temor al hijo, fruto del amor de ambos, que ha de venir á endulzarles la vida, á darles un objeto que les haga vivir entre las emociones, alegres unas, dolorosas otras, pero todas necesarias para la vida del sentimiento... ¿Es que vais á quitarles esto á los hombres?

Si los trabajadores se han de privar del amor de sus mujeres, del amor verdadero, que se entrega por completo, y del amor de los hijos, que son consuelo y esperanza ¿para qué han de luchar, ni pensar en revoluciones, ni en organizaciones más perfectas, ni en sociedades futuras, donde podrán ser felices los hombres de entonces, que no serán hijos del revolucionario de ahora, que nada tendrán que ver con él, que serán hijos del actual guerrero, del actual sacerdote, del actual policía... ¿Y es para éstos que hemos de trabajar y sufrir cárceles y persecuciones?...

Piensen estas cosas los compañeros de *Salud y Fuerza* y hágannos notar en qué nos equivocamos ó en qué podríamos cambiar, mejorándolo, nuestro modo de pensar ó de sentir.

M.

## Proximidad de la revolución

Somos ricos en las llamadas sociedades civilizadas. ¿Por qué hay, pues, esa miseria en torno nuestro? ¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas obreras? ¿Por qué esa inseguridad del mañana hasta para el trabajador mejor retribuido, en medio de las riquezas heredadas del ayer, y á pesar de los poderosos medios de producción que darían á todos el bienestar á cambio de algunas horas de trabajo cotidiano?

Los socialistas lo han dicho y redicho hasta la saciedad. Porque todo lo necesario para la vida de todos y los útiles para la producción, han sido acaparados por algunos en el transcurso de esta larga historia de saqueos, éxodos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la Humanidad antes de aprender á domar las fuerzas de la Naturaleza.



Porque, prevaleciendo de pretensos derechos adquiridos en lo pasado, se apropian hoy dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolos del modo más insensato y escandaloso. Porque reduciendo á las masas obreras al punto de no tener con qué vivir un mes ó una semana, no permiten al hombre trabajar, sino consintiendo en dejarse arrebatar la parte del león. Porque le impiden producir lo que necesita y le fuerzan á producir, no lo necesario para los demás, sino lo que más grandes beneficios promete al acaparador.

La expropiación: tal es el problema planteado por la Historia. Reversión á la comunidad de todo lo que sirva para conseguir el bienestar.

Pero este problema no puede resolverse por la vía legislativa. El pobre y el rico comprende que ni los Gobiernos actuales ni los que pudieran surgir de una revolución política, serían capaces de resolverlo. Siéntese la necesidad de una revolución social, y ni á ricos ni á pobres se les oculta que esa revolución está próxima.

¿De dónde vendrá la revolución social? ¿Cómo se anunciará? Es una incógnita. Pero los que observan y meditan no se equivocan; trabajadores y explotadores, revolucionarios y conservadores, pensadores y hombres prácticos, todos confiesan que está a nuestras puertas.

PEDRO KROPOTKINE

## Por el desarme

El argumento que oponen los patriotas á los pacifistas es siempre el mismo. En España dicen que vendrían los franceses á conquistarnos, en Francia que irían los alemanes, en Alemania que hay que prevenirse contra los rusos, en Rusia amenazan con el peligro de los ingleses, y así sucesivamente.

A cada pueblo le presentan el fantasma de otro pueblo, conquistador insaciable, dispuesto al saqueo y al asesinato, bárbaro y fuerte, para que inspire miedo á los pacíficos. De modo que para cada uno el peligro está en el vecino que cada día aumenta sus armamentos.

Pero el caso es que todos esos pueblos permanecerían tranquilos y desarmados por su propio gusto; lo que les hace armarse y disponerse á la guerra es el miedo al vecino que procuran inspirarle los gobernantes, que en realidad son los únicos capaces de promover la guerra.

El peligro para cada pueblo no es otro pueblo; son los gobernantes, que necesitan un ejército que defienda su despotismo y buscan la complicidad del pueblo por medio del terror.

Si los pueblos tuviesen que declararse la guerra, no lo harían nunca, porque tienen mucho que perder en ella y nada que ganar. En cambio los gobernantes, incluyendo todo lo que llaman clases directoras, ganan y no pierden, porque envían á morir á los hijos de los pobres y ellos sacan el provecho, pues aun cuando pierda su nación saben ingeniar para especular en la Bolsa con las mismas derrotas de la Patria que dicen amar tanto.

Así pues, mientras los destinos de los pueblos se hallen á merced de unos cuantos explotadores políticos, religiosos, financieros, etcétera, habrá guerras y derramamiento de sangre y escenas de horror y de odio entre los pueblos.

Pero el día en que los trabajadores de todos los países comprendan que se les engaña miserablemente y sepan unirse, entonces vendrá el desarme y la paz y la fraternidad por encima de las fronteras, mejor dicho, se borrarán las fronteras para siempre.

ELEUTERIO

## ECOS Y COMENTARIOS

También nuestro número anterior ha sido denunciado.

Esta vez le ha tocado la suerte al escrito *Hombre, víctima y símbolo*, del compañero J. M. Blázquez de Pedro. Como es muy posible que lo hagan venir á Mahón desde Béjar (Salamanca) convendría que los compañeros procurasen verle y atenderle en las poblaciones intermedias.

Decididamente, el gobierno del señor Maura no quiere que se hable del proceso de Ferrer, Nakens, Ibarra, Mata, la mujer de éste y Mayoral, que se hallan presos por el hecho de Mateo Morral en 31 de Mayo del año anterior.

Tampoco quería Cánovas que se hablase del proceso de Montjuich; lo cual no ha impedido que aquel proceso figure en la opinión indignada de todo el mundo al lado del fusilamiento de Rizal y de las mayores infamias de la Inquisición.

\*\*

En España se denunciará y se perseguirá á todo el que hable de Ferrer, Nakens y demás compañeros presos.

Sin duda por esto el Fiscal madrileño señor Becerra del Toro llamaba «cobardes calumnias» á lo que de él dicen los periódicos extranjeros, á los cuales no puede perseguir y castigar.

Cobardía, para el señor Fiscal, es no dejarse caer en las astas del toro legal. ¡Qué bravo es el señor Becerra, y sin embargo no ha pensado en ir al extranjero, ni aunque le paguen el viaje, á buscar personalmente á los que le «calumnian»!

Parece que los católicos franceses al mismo tiempo que gritan ¡viva la libertad! se entretienen visitando la iglesia nacional francesa, promoviendo escándalos é injuriando á los sacerdotes cismáticos.

Buen ejemplo para cuando pretendan que les respetemos. Respetables son todas las creencias por igual y el modelo de ese respeto nos lo dan los católicos en Francia, no sólo contra los curas cismáticos, sino contra los gobernantes de aquel país, á los cuales los periódicos católicos españoles llenan de injurias abominables. A Briand le acusan nada menos que de proxeneta y á Clemenceau de los delitos más horrendos.

Y luego aquí, cuando un cura comete algún delito, parece que el publicarlo es cometer un crimen.

«Con la medida que midieres serás medido», dijo el Cristo y ese criterio habrá que aplicárselo á los sacerdotes y á los periodistas católicos de por acá, que no se cansan de aplaudir á los militares franceses que se sublevaron contra la ley de asociaciones y á los fanáticos que atropellan á los cismáticos.

Todas las religiones merecen igual respeto, ya que todas son igualmente verdaderas.

Estamos de desgracia.

Los trabajos para la instauración del Centro Popular de Cultura se resintieron primero de las bullas del carnaval; ahora se resienten de la proximidad de las elecciones.

A ver si pasado ese carnaval político podremos hacer obra de provecho.

La sociedad de obreros pintores «El Lazo» de Valladolid ha publicado una circular dirigida á todas las sociedades del oficio, proponiéndoles reconstituir la Federación española del oficio y similares, como son, papelistas, doradores, decoradores, etc.

Publica también unas bases que merecen ser estudiadas.

Es de desear que todas las sociedades del oficio responda á ese llamamiento.

Recibimos hace algún tiempo la atenta visita de los señores representantes de la sociedad de seguros «Patria», domiciliada en Barcelona. Nos dejaron unos reglamentos de la misma, que tenemos á disposición de nuestros lectores. Agradecemos la atención. Son agentes en esta ciudad de los señores Salas y C.<sup>a</sup>, Cos de Gracia, 41.

## PAPEL IMPRESO

PETROGRAFÍA Y VIDA ACTUAL DE LA TIERRA, por Odón de Buen.—Tomo IV de la serie «Las Ciencias Naturales en la Escuela Moderna».—En este tomito, profusamente ilustrado, como todos los de la serie, se trata con sencillez y claridad materia tan árida como el estudio de las rocas más importantes que forman los terrenos: caracteres generales, rocas cristalinas, volcánicas y sedimentarias.

A los profesores que se inspiren en la moderna pedagogía y que lleven, como ésta exige, los niños al campo, les interesa mucho conocer bien este tomito.

Contiene además la descripción científica de los fenómenos geológicos actuales; acción del viento, del agua líquida, glaciares, terremotos, volcanes, geóceres, etc., etc. Esta segunda parte es interesantísima y amena aun para los niños.

Pedidos al Administrador de la Escuela Moderna, Bailén, 56, Barcelona.—Precio: 2 pesetas.

En la tipografía de nuestro colega *A Nova Era* en Taboleiro Grande, Estado de Minas, Brasil, se ha editado el drama social en tres actos titulado *O Semeador* por A. Foscolo.

Lo recomendamos á los compañeros que conozcan la sonora lengua portuguesa.

*El Hombre Libre* (Acciones y reflexiones) por Francisco Pujol.—Es una colección de pensamientos originales recogidos en un folleto de 32 páginas, editado en la imprenta de F. Cuesta, plaza Letamendi, 27, Barcelona.

El Ayuntamiento de esta ciudad ha editado en folleto un notable y ordenado trabajo estadístico de los bautismos registrados en los libros parroquiales y de los enterramientos efectuados en el Cementerio católico de esta ciudad desde 1.º de Enero de 1814 hasta 31 de Diciembre de 1905. A partir del año 1841 las defunciones vienen clasificadas por las enfermedades ó causas que las produjeron.

Merece plácemes por su inteligente laboriosidad (poco común en los de su oficio) el autor, que es el capellán del citado Cementerio, don Narciso Panedas.

También hemos recibido la novela *Vacuaré...!* (Via-Crucis) por Antonio Rodríguez López, editada por la imprenta La Humanidad, apartado 266 de Mérida, Yucatán, México.

De este libro hablaremos oportunamente con mayor extensión.